

Hoy estamos reunidos en este lugar tan emblemático, en esta Misa presidida por nuestro obispo, el Cardenal Poli, para dar gracias por una vida, cuidar una herencia espiritual que nos da pertenencia y nos compromete; y pedir para todos la conversión que nos permita vivir como él con la mirada fija en el cielo, pero a la vez profundamente comprometidos con el aquí y ahora que el Señor nos regala para nuestra santificación.

1- Dar gracias al Señor por la vida del siervo de Dios padre Luis María Etcheverry Boneo...

De este sacerdote cuyo cien años hoy celebramos.

De este sacerdote de los que muchos de los presentes tuvimos la gracia de conocer... y muchos también de reconocernos hijos y parte de su familia espiritual.

Parece que su vida estuviese marcada por tiempos difíciles. Nació en medio de la primera guerra mundial, se ordenó sacerdote – en Roma - el 12 de abril de 1941, mientras se desarrollaba la 2da. Guerra Mundial. Quizás en algo explique su magnanimidad para no quedarse en lo pequeño, asumir y afrontar las crisis, amar profundamente la historia concreta en la que el Señor nos ha situado.

Llegado de Roma donde realizó su formación sacerdotal, trabajó en la Curia y en Parroquias, pero de a poco el Señor lo fue reservando para el acompañamiento y formación de la juventud. Esto lo llevó también a la creación de instituciones: colegios universitarios, los colegios San Pablo (hoy llamado Etcheverry Boneo, el de mujeres), la agrupación Misión. Fue Director de los Cursos de Cultura desde los cuales impulsó la creación de la Universidad Católica.

Intuyó la necesidad de una nueva forma de vida consagrada femenina al servicio de la Iglesia y en 1952 fundó las “Servidoras”.

Nada era ajeno a su interés sacerdotal y en su personalidad mostraba el armónico cultivo de lo natural y lo sobrenatural. Se prodigó con infatigable paternidad como director espiritual y como maestro, elaborando una rica doctrina teológico-espiritual. Orientó muchas vocaciones sacerdotales y para la vida consagrada, y formó laicos con sólidos principios cristianos, nucleando una amplia familia espiritual.

Trasmitía siempre su alegría interior y su identificación creciente con Jesucristo. Vivía lo que predicaba y se hacía siempre “todo a todos”. Inculcaba su amor a la Virgen, a la Iglesia, al Papa, a la Palabra de Dios y al Magisterio, a la Liturgia, a la Gracia y a la oración.

Y si bien su vida fue breve en duración -murió a los 53 años-, fue bendecida por Dios por una fecundidad que no deja hoy todavía de sorprendernos.

Por eso, si toda Eucaristía es por si misma acción de gracias, hoy queremos de un modo especial con el salmista dar gracias al Señor, por todo el bien que nos ha hecho con la persona y la doctrina del querido Padre Luis María.

2. Pero venimos también hoy aquí, como familia espiritual. **Nos reconocemos con una herencia nos da pertenencia y nos compromete.** Venimos a pedir la gracia de la fidelidad que mucho dista de la inmovilidad del discípulo temeroso que empobrece las enseñanzas de su maestro con la fácil receta de citarlas.

Como el Apostol Pablo, cuyo hermosos himno cristológico hemos leído hace instantes, el Padre Luis María profundamente identificado con el ideal paulino de **“instaurar todo en Cristo”**, nos enseñó a soñar en grande y a cuidar y potencializar los vínculos personales.

Arraigado en la milenaria cultura cristiana escrutaba con atención los signos de los tiempos y trabajaba sin descanso para que la Iglesia informara sobrenaturalmente a nuestra Patria y a todo el mundo actual. Desde estas sólidas bases abrió puertas para el diálogo entre las ciencias y la teología, y para iluminar las “realidades terrenas”, instando a “construir la tierra mirando al Cielo”.

Hoy que la Iglesia nos invita en Aparecida y con el Papa Francisco a recomenzar desde Cristo, pedimos la gracia de no enterrar los talentos recibidos, y con humildad sumar nuestros cinco panes para que la Iglesia pueda saciar tanta hambre de Dios y de sentido, que muchas veces escondidamente hoy nos urgen nuestros hermanos heridos al borde del camino.

3. Finalmente venimos a pedir la gracia de la conversión. Como cada Eucaristía, hemos iniciado la Misa pidiendo perdón. Y quizás, los 100 años del nacimiento del Padre Luis María sea también ocasión propicia para reconocer que no siempre hemos estado a la altura del ejemplo recibido.

Pero lo hacemos con el corazón lleno de amor y agradecimiento, con el profundo convencimiento de estar celebrando los 100 años del nacimiento de un hombre santo.

Quienes nos formamos bajo su influencia podemos decir que experimentamos fuertemente una pedagogía de la santidad donde fuimos iniciados en un deseo de identidad que se hace plena en el la entrega de la propia vida para santificar a los demás. Fuimos testigos de un sacerdote que vivió intensamente ese “gastarse y desgastarse” para que Jesucristo sea conocido y amado por todos...

Siempre me llamó la atención, el modo de su muerte. De camino a Roma, preocupado y ocupado por las cosas de Dios... Muere solo, ese sacerdote que

presentó tantos sacerdotes y vocaciones religiosas, fundador de las Servidoras, con familia grande de la sangre y del espíritu...

Tras ocho días de gran sufrimiento, parte a la patria definitiva... Con olor de santidad, que los médicos, sacerdotes y religiosas que lo atendieron en Madrid supieron visualizar.

Estamos a 46 años de su Pascua en aquel misterioso 18 de marzo de 1971.

Recordar su figura en palabras es achicarlo. Es pretender penetrar el misterio insondable del Sacerdocio cristiano que es paternidad y maternidad, como la Iglesia.

Si en evangelio de hoy Felipe muestra cierta inquietud por no conocer el camino, nosotros podemos agradecerle al Señor porque el Padre Luis María, con su vida y con sus enseñanzas, nos mostró permanentemente el Camino, La Verdad y la Vida.

Y lejos de toda tentación de auto referencialidad nos hizo gustar el sentir con la Iglesia a través de la doctrina que fue creando, las personas que fue formando y las instituciones que gestó y dirigió.

Y nos hizo gustar y experimentar a una Iglesia Madre y el calor de y al calor de una familia singular dentro de Ella, donde proféticamente el estilo de la mujer del Evangelio fue fruto de su carisma fundador y de un estilo gracias al cual naturalmente fuimos incorporando lo sobrenatural.

Cualquiera de los que hemos transitado por Santa María de la Armonía, lo hemos respirado y vivenciado!

Por eso, a todos, los invito a hacer nuestra la invitación de Jesús en el evangelio: No se inquieten! Tengamos paz... Coraggio...como solía decirnos el padre Luis María.

Y dejemos que desde el cielo nos ayude a en este día jubilar hacer nuestro aquello que al modo de testamento nos dejó en las oraciones de bachilleres de los colegios por él fundado:

*A Ti, Señor, hoy te pedimos,
el Fuego en el espíritu que es luz y que es calor,
la serenidad de la esperanza en la mirada,
y en la diestra fuerte, del Apóstol la espada.*

*Que ganemos para Ti la tierra:
la naturaleza que Tú hiciste pródigo,
y la cultura y la técnica que a nosotros
toca ir elaborando más y más y siempre.*

Y que ganemos para Ti los hombres:

*en sus vidas singulares inefables,
y en sus relaciones múltiples sociales,
copiadas de tu Vida Trinitaria amable.*

Pero para eso, nuestro corazón deberá ser todo de María, a quien muchos le pedimos cotidianamente un corazón de niño, y a bajo cuyo ampara queremos siempre vivir:

*María, nuestra madre:
Gracias, muchas gracias, Madre.
Por todo: lo de siempre y lo de ahora.
Aún nos permitimos pedirte una cosa:
que nunca se nos ensucie
o enfríe o muera el corazón.
Contigo contamos. Para siempre.*